



Fernando Abascal

LAS LINEAS DE LA MANO

Lo que uno escribe es miedo
Gonzalo Rojas

De niño,
¿dónde acaban las líneas de la mano?
Apretaba con fuerza el puño izquierdo,
alguien dijo así se marca mejor,
dijo la vida se acaba cuando el surco ya no se ve,
hay dolor y enfermedad cuando las líneas se cruzan,
más allá de tus manos no hay nada.

Después,
jugábamos a escondernos.
Apoyado en una tapia, contaba hasta diez
con los ojos cerrados,
daba un orden a la desaparición.
En el suelo se movía la cola desprendida
de una lagartija. Pasaron los años.
Maneras de saber.

(SIN TÍTULO)

El espectáculo, entendido en su totalidad, es al mismo tiempo el resultado y el proyecto del modo de producción existente. No es un suplemento del mundo real, una decoración sobreañadida. Es el núcleo del irrealismo de la sociedad real.

Guy Debord, La sociedad del espectáculo

Una agencia de viajes anuncia en la boca del metro solitarias calas frente al azul del mar.
La luz alargada de la fotografía desciende por las escaleras mecánicas,
\ escarcha la ropa de los transeúntes,
prende en sus manos ocupadas, en sus ojos transportados,
se omite definitiva entre las grietas de sumergidos pasadizos.
Y todo es un ir y venir a esta hora de la tarde,
una disciplinada circulación, el efecto de una recurrente obediencia,
como si los cuerpos estuvieran obligados a proyectar su asimetría de un lado para otro y en su aparente extravío emitiesen un liviano destello,
ese fulgor troquelado que produce lo que se mueve;
como si los cuerpos al rozarse perdieran su grumosa sustancia,
y el fluir de su luminiscencia se diluyera por la elipse de los túneles,
las extrañas jerarquías de lo invisible.

En la calle, el viento agita las ramas de los árboles,
en un escaparate alguien oculta el armazón de un maniquí
y todo parece disponerse para una ciega representación:
los cuerpos que entran y salen de la boca del metro,
la insignificancia de esa figura sostenida por alambres,
su gesto desvaído, y yo mismo,
de pie en una acera, con la terrosa extrañeza
de quien forma parte de un lugar sin argumento, un tiempo intocable
y sin distancia, carne transfigurada en otra carne, enunciado vacío,

LA CASA VACÍA

Una vez pasada la señal, podrás ver la casa, su congelada blancura,
y te parecerá que no vienes de lejos, que siempre has estado ahí,
entre las ciegas juntas de esas piedras,
bajo las ramas infértiles de ese árbol sin nadie,
lugar sin lugar, cepo de solitarios.

Al abrir la puerta sólo sentirás la inexactitud de tus pasos
en los peldaños enfermos, en tus manos brillará como un extraño anillo
el graznido del desamparo, una luz que todo lo niega,
las romas navajas de la memoria.

Sube la escalera hasta esa habitación ahora vacía,
moja tus labios en agua y mírate en unos ojos ajenos, los tuyos, ahí,
en la quebrada piscina de la conciencia, en tus deseos intransitivos,
en ese inútil reverberar de las palabras por la gastada cera del entarimado.

Amarra tu corazón con los cordones de los zapatos,
aparta las moscas muertas de la ventana y deja que la claridad limpie las cosas
como una infancia, hasta que nada reconozcas y todo sea una pura irrealidad,
la extensión desollada de tu propio cuerpo, una vértebra erguida y solitaria,
la más carnívora transparencia.

Deja que pase el tiempo y celebra el desahucio de esta casa de nadie,
su torva densidad. Húrtale a las paredes la cal,
descubre la oblicuidad de sus andamios,
la emboscada herrumbre que la eleva, su vítrea sustancia.

En el viejo jardín habrá una flor de ceniza que te aguarda. No la toques.
Observa su convulsa belleza sobre la tumba de los perros enterrados.
Como una nieve entre dos penumbras, tal vez su edad te ciegue
y oigas un desorden de ladridos, la íntima voluntad de un tiempo consumado,
una esquinada sucesión de embargos,
la borrosa imagen de aquel niño a oscuras que fuiste.

Despídete de la casa como de una diosa envejecida
y no olvides entornar la verja al salir.
En la autopista habrás de pagar un pequeño peaje. Lleva algunas monedas.
La máquina de la vida nunca devuelve.